

COMO SOR CATALINA FUERA ANTES FRAY MARTÍN.

Era en la segunda mitad del S. XII. En aquel tiempo misterioso, entre la Baja y Alta Edad Media, coexistían, sin alternarse y pacíficamente, luces radiantes y sombrías nebulosas. En nuestra patria fue un tiempo especialmente interesante y de loable tolerancia, en general, como pregonó recientemente Doris Lessign, escritora inglesa, al recibir el premio “Príncipe de Asturias” de las Letras.

En esta época comienza nuestra historia. Comienza en la actual Benavente. Era ésta por entonces villa de condes y comercio. De la villa de los condes queda por testigo su castillo señorial. La faceta de centro comercial se lee incluso en el título de sus iglesias, Santa María del Azogue (del árabe zoco) y S. Juan del Mercado.

En esta Benavente medieval, en sus alrededores, nació una muchacha morena y hermosa. Y allí vivía, con su familia. Vivía al lado del Órbigo, el río sin nacimiento, pues como indica su nombre, que significa “ dos aguas”, empieza a ser Órbigo cuando se junta el Luna y el Omaña. Por aquí transcurre ya crecido, gracias a las aportaciones del Tuerto, del Duerna, del Jamuz y del Eria y, al encontrarse con el Esla, estrechan ambos a la ciudad en un abrazo envolvente.

Por entonces el rey Fernando II promovido una repoblación en estas latitudes y llamó Beneventum, de buen augurio, a la que tuviera por nombre Malgrad, que sonaba realmente siniestro. Los detractores de esta villa aún dicen aquello de “Benavente, mala villa y mala gente”. Pero, desde entonces, los que la quieren bien tienen una razón más para contestar: “Si buena es la villa, mejor es la gente”.

Allí, a sus 17 años, la muchacha ayudaba en las tareas domésticas y era recadera de su padre, que ejercía la función de sastre en el lugar. Poco después él, desafortunadamente, fue víctima del entonces fatídico cólico “miserere”. Dos años más tarde, la madre accedió a los requerimientos de un nuevo pretendiente, sastre también y aceptó un segundo matrimonio. Mas pronto se vio que el nuevo hombre de la casa no se conformaba con atender a la esposa. Tenía inclinaciones menos confesables, inaceptables para una muchacha como ella, que contaba ahora 20 años y era virtuosa y casta, haciendo honor a su nombre, Catalina, que significa “pura”. El encanto de sus años juveniles subrayaba la elegancia y atractivo heredados de la madre. El padrastro la comía con los ojos y, no contentándose con mirarla, quería tocarla, acariciarla y, seguramente, algo más. Las insinuaciones resultaban cada vez más insistentes y claras. Algo había que hacer porque a ella esto le resultaba inaceptable, violento, molesto, insoportable.

El Camino Jacobeo podía ser la solución y una buena manera de evadir aquella difícil situación. Valía la pena intentarlo; ella se sentía capaz de ello.

La idea se le ocurrió el día del Patrón Santiago. En aquellas latitudes Santiago, el 25 de julio, y Santa Cristina, el día anterior, se celebran con mucha solemnidad. En la fiesta, habló el predicador de peregrinación y peregrinos. Decía él: “La fe es como un camino y el camino es un símbolo de la vida cristiana. Los que peregrinan a Santiago, en concreto, quieren vivir lo que somos los cristianos, caminantes en tierra extraña que aspiran al gozo de la patria”. Dijo también que esta sensación podía anticiparse llegando al origen de la fe, que en nuestra patria tiene sus raíces en la predicación de Santiago, cuyo sepulcro se había hallado en Compostela. Y lo confirmó con nombres y anécdotas

de peregrinos, con números y detalles de la peregrinación que hacían muchas personas, sobre todo desde el S. IX. En su entusiasmo, no ahorró el orador descripciones de la ruta, citando hitos y lugares destacados, sobre todo del ya famoso Camino Francés.

La idea bullía dentro de la joven con deseos más ardientes de día en día. Estaba decidida a ponerla en marcha. Comprendía que era un gran riesgo pues se contaba que, además de peregrinos, no faltaban pícaros y tunantes que hacían de las suyas. Más difícil sería aún para una muchacha, inexperta y sola. Sin embargo, no podía renunciar ya, pues la situación estaba para estallar. Su madre parecía ignorar lo que pasaba, pero en realidad, miraba para otro lado. Pensaba ésta, sin duda, que el problema desaparecería con el tiempo o que, en todo caso, sería más fácil disimular. Si su hija se casara...; Pero no parecía tener estas intenciones y, seguramente, lo que estaba viviendo no la animaba demasiado.

“Había que madurar el plan”, se decía la jovencita. “Conseguiré ropas de hombre”, pensó, “y emprenderé la huida; la compañía de otros caminantes facilitará mi evasión”. Así que un buen día, mientras hacía sus recados, adquirió lo necesario para sus propósitos. Y, sin darle largas, antes de que amaneciera el siguiente día, salió sigilosamente de casa y, disfrazándose oportunamente con los pertrechos adquiridos, que había ocultado en una arboleda, se puso en marcha.

Hermoso amanecer del verano claro de Castilla que contrastaba con la agitación interior de la joven. Mirando atrás, le daba escalofríos la silueta de Benavente, más iluminada al crecer la luz del día pero que iba difuminándose al aumentar la distancia. En el amplio horizonte la asustaban las sombras negras y alargadas de las cosas. Sus nervios percibían por doquier ruidos inquietantes que agitaban el ritmo interior del corazón. Pero a medida que subía el sol, se acortaban las sombras poco a poco. Pronto sintió que, como ave errante, tenía ganas de perseguir la leve silueta que dibujaba el sol delante de ella, primero huidiza, más pequeña después y que se ocultaba, por fin, bajo sus pies ágiles.

La aventura había comenzado. De momento no fue demasiado mal y hasta le resultó fácil superar, en dos jornadas, el trayecto de Benavente a Astorga, unos 60 kilómetros. Había cruzado el alto y noble páramo y pronto ganó otra vez la ribera del Órbigo, en las cercanías de La Bañeza.

Esta ciudad se mostraba bulliciosa y también comercial, como su Benavente natal. Era sábado y, con motivo del mercado semanal, entraban y salían gentes que acudían de toda la comarca. En carros y acémilas traían o llevaban mercancías. Entre tantos visitantes, se adentró en la población, que, acogedora ella, invitaba a detenerse. En lo alto del núcleo urbano, la Iglesia de El Salvador sugería una plegaria. Pero fue breve y no quiso demorarse. Era pronto para interrumpir su marcha y no estaba lejos el lugar del que huía. Bajó del templo y decidió seguir adelante cruzando la ciudad por la calle Astorga, que era entonces el Camino Real, estrechando allí por apretados edificios y salientes balconadas.

Astorga, a la que Octavio otorgó el título de “Augusta”, Plinio calificó de “Magnífica” y los reyes cristianos del medioevo llamaron “Muy Noble, Leal y Benemérita”, se anunciaba ya, sugerente y esperada. Hubo aquí desde tiempo inmemorial un cruce renombrado de rutas. De ello da cuenta el actual Museo de los Caminos. Ya en los tiempos romanos, aquí se unían la Via Traiana, que venía desde Burdigala, con la Vía de la Plata, que iba a Emérita Augusta. Desde entonces y por siempre existe el espíritu emprendedor y comerciante de los viajeros y comerciantes maragatos. Astorga es también hito y parada segura en la ruta jacobea y en este nudo de comunicaciones confluyen peregrinos de distinta procedencia que se unen al mayor contingente de los que vienen por el camino Francés.

Un problema eran los escasos recursos. Pero en tiempo de verano pernoctar en cualquier parte no era complicado. En la ruta de los peregrinos, además, no fue difícil, nunca lo es, alternar con los compañeros de camino. Ella se hacía llamar “Martín. Aunque estaba bien lograda la apariencia varonil, su atractivo natural le abría fácil camino en las relaciones con los demás y su natural simpatía facilitaba la comunicación, pese a reservas que, forzosamente, se imponían. La solidaridad, por otra parte, patrimonio de los caminantes, se integra por derecho propio en la ruta jacobea. Es lo que se ha venido en llamar “ el espíritu del camino”. Los caminantes o logran recursos de la caridad de los paisanos o comparten lo poco que tienen unos y otros. Precisamente por ello, aparte de los tunantes antes aludidos, no faltaban entonces ni faltan ahora los llamados “concheros”, gente que se aprovecha para intereses impropios explotando el mencionado espíritu del camino Jacobeo.

Nuestra andariega ganó experiencia y, en contacto con otros viandantes, aprendió pronto que valía más madrugar, no andar demasiadas horas y tomarse el tiempo suficiente para el descanso.

Atrás quedó Astorga, la ciudad milenaria, cargada de historia y de templos, cercada de murallas. Los peregrinos hacen una oración en la iglesia de Rectivia, pidiendo verse libres de errores y peligros, y cobran ánimos para continuar por el recto camino. Allí algunos se deciden por la Vía Nova que, al decir de Enrique Gil y Carrasco, no puede competir en atractivo y belleza con el Camino Real cuando, superada la árida y adusta Maragatería, se va adentrando en parajes de ensueño que anuncian la belleza singular y variopinta de El Bierzo, amado y cantado románticamente por el mencionado escritor. Es la ruta elegida por la mayoría de caminantes, como hizo Catalina.

Tras superar Valdeviejas, Murias de Rechivalo y Castrillo de los Polvazares, que huelen a medievales todavía hoy, pasando por Santa Colomba y el Ganso, llegan al emblemático Rabanal del Camino, sede de templarios. Comienza la escalada del temible monte Irago y llegan al hito famoso de Foncebadón. Allí pasan la noche en el albergue que fundara el monje berciano Gaucelmo. Más antes del descanso nocturno, alguien, queriendo emular a los trovadores en boga, cantó a su manera, unos versos sobre la parábola del Hijo Pródigo. El rapsoda a la sazón cambió los datos evangélicos de forma novelesca y, en lugar del hijo pródigo, cantaba él a una pródiga fugitiva; aseguraba que el relato se refería a sucesos recientes y metía en sus versos pesquisas y perseguidores de la fugitiva en cuestión. Traduciendo, más o menos, la incipiente lengua romance de la época, así sonaba el canto de nuestro aedo:

“Oigan ustedes, señores,
al trovador que les canta,
que reproduce en sus versos
la evangélica palabra
sobre el hijo fugitivo
y el padre que lo lloraba.
Más ahora es una hija
la pródiga que se marcha
y, dejando padre y madre,
huye de su propia casa.
El padre está enrabetado,
su madre muy apenada,
y en la pesquisa le ayudan
amigos para buscarla.

Algunos hasta afirmaron
que por aquí cerca andaban
creyendo que la interfecta
por estas tierras estaba.
Sería cosa de ver,
si es que por fin la encontraban,
lo que ocurrirá después
con la gente de este drama”.

Como dice algún experto en el camino jacobeo, funciona en él Radio Macuto y así era ya entonces; corren por él noticias de peregrinos hacia delante y hacia atrás, sucesos y anécdotas cuyo relato anima conversaciones que entretienen el camino y abrevian el anochecer. Nada extraño parecía a Catalina que también su historia entrara en el anecdotario. “Ay, Dios mío;”, pensó para sí la muchacha. “La cosa está clara. Es mi caso y vienen por mí”.

Sucedía esto en latitudes ya difíciles para todo caminante. De ello es muestra la antigua muria prerromana, cristianizada por Gaucelmo, quien colocó en lo alto una austera cruz, que protegiera a segadores, peregrinos, comerciantes y caminantes, en general. Depositar, al día siguiente, la piedra de la buena suerte junto a la Cruz de Fierro ofrecía para ella una motivación especial. Se pedía así tener suerte propicia y verse libre de tantos peligros, ya que no faltaban sucesos desagradables de bandidos y aprovechados que extorsionaban a los transeúntes. El peligro acechaba en el temido monte Irago y en otros pasos difíciles. Como guías tramposos o barqueros que simulaban accidentes, había gentes de mala conciencia que se procuraban con sus tretas recursos mal ganados.

Nuestra peregrina superó los puntos de Manjarín, El Acebo y Riego de Ambrós. Pero, temiendo que hubiera verdad en la trova de la noche anterior y hecha ya a decisiones repentinas y salvadoras, creyó oportuno apartarse del camino más frecuentado. Al fin y al cabo, la peregrinación no había sido su objetivo principal sino huir de una situación comprometida e inaceptable. Observaba los lugares esperando el momento oportuno. Hacía la izquierda, en el sentido de la marcha, salía una senda para Compludo, pueblo monacal desde que S. Fructuoso fundara allí un monasterio allá por el S. VII. De él queda un resto que va desafiando el devenir de los tiempos, la famosa fragua hidráulica. Desviarse hacia allá en un prolongado descenso no le pareció buena idea, no ofrecía un lugar más propicio. Tras cruzar con sus acompañantes Molinaseca por su Calle Real, se despistó del grupo so pretexto de refrescarse en las aguas del Vendañuelo. Derivó luego por un camino que la llevó a Onamio, a Calamocos, y a S. Miguel de las Dueñas. El panorama, franqueado por zarzamosas, escaramujos y andrinos, era halagüeño y protegía y aliviaba la inquietud. Desde el alto de Onamio comenza a vislumbrarse una panorámica del pintoresco cuenco que riegan el Boeza y el Sil. Estaba en la vertiente del Boeza, que, engrosado ya por las generosas corrientes del Tremor y Noceda, recibe aquí las salutíferas aguas de Paradasolana. Se precipitan ellas en un riachuelo proveniente de Castrillo del Monte y que pasa enflechando lamiendo el contorno de Calamocos, cuando no riega sus fértiles huertas. A su lado va el camino que, tras cruzar el Boeza, llega a S. Miguel. Desde lejos se divisaba el monasterio de las Dueñas. Sonaba mucho en la época y estaba en auge este monasterio porque Doña Sancha, hermana del emperador Alfonso VII y verdadera regidora del Bierzo, puso en marcha aquí una auténtica refundación y donó al monasterio sus tierras de S. Miguel de Almázcara y otros feudos. Acudían allí vasallos a inscribirse para trabajar y asegurarse el sustento. Allí acudió nuestra protagonista también.

La zona es fértil y variada. Hay canteras de granito en Montearenas y Congosto. De los chanos se cosechan abundantes cereales. Linares bien regadas dan frutos diversos, gracias a las aguas de la Reguera, y sobre, todo del Boeza y del Sil. Y las llamas, húmedas y generosas, facilitan la crianza de animales domésticos, que aportan ricas carnes, leches, lana y piel. Árboles frutales y no frutales, junto con los viñedos, aportan sus productos con variedad de alimentos y recursos.

Ingresar en el monasterio, como fámula de alguna dueña, le parecía sugerente. Pero ¿Cómo lograrlo?. Además, se había presentado disfrazada de varón y las Dueñas serían buenas pero amantes de la justicia y bien relacionadas con quienes la procuraban o administraban. Por otra parte, estaba indocumentada. Los problemas que podían venir obligaban a la cautela. Lo mejor sería seguir aparentando la condición de varonil y aceptar el trabajo que le ofrecieran.

Trabajar la tierra era duro y más para su natural femenino. Pero esto no le quitaba la paz. Problemas y dificultades no tardaron en llegar pero tendrían otra fuente; los homosexuales existieron siempre, allí y entonces también. Así que ella, que prefería la virtud al vicio y ya que se había acostumbrado a que le llamaran “Martín”, temió que se descubriera que, en realidad, era Catalina. La insistencia de un mariposón obligaba a su mente inquieta y empezó a tramar un nuevo cambio de residencia. El colega de tareas se ponía demasiado pesado, acaramelado y sobón. Animada por la facilidad con que había encontrado acogida en ocasiones anteriores, emprendió nueva aventura.

En esta ocasión se adaptó una barba que estaba preparando hacía días. Aquel postizo era incómodo pero disimularía mejor su condición, y para el momento, facilitaba la nueva huida. ¿Qué destino escoger? Entre los lugares que más sonaban por entonces estaba, indudablemente, Bembibre, capital de un señorío.

Era madrugada otra vez. Amanecía un día claro del otoño de 1181. La alborada pintaba con colores tenues el horizonte dilatado de la llanura de Almazcara. La luz naciente irisaba las hojas, ya amarillentas, de las choperas. Los helechos, color café en esta época, procuraban cabelleras pelirrojas a los montes lejanos. Siguiendo hacia el Oriente y tras bordear el Castro de las Murielas, llegó a Bembibre, villa vieja y sede de la Tenencia del Boeza, que se hacía fuerte aquí, con su castillo y sus murallas medievales, en el Castillo de Ulver o Cornatel y hasta en el alto de Foncebadón. La autoridad de Tenente la ostentaba por entonces don Gutiérrez. Un empleado de su merino Pelayo Ibáñez encontró a la fugitiva deambulando por las calles de la Duda y de la Curia. Tras breve conversación, se llegó consigo a “Martín” y le ordenó a un encargado del palacio que se ocupara de él. “Martín” no podía escoger pero se atrevió a pedir que no le dieran trabajos agrícolas. Su buena suerte le acompañaba y lo asignaron, como ayudante, a tareas culinarias.

Tampoco era fácil el trabajo pero era más llevadero que trabajar el campo, y de paso, adquiriría nuevos conocimientos, útiles para ocasiones que habrían de presentarse, como luego se verá. En particular, adquirió habilidades especiales en la elaboración y cocido del que estaba destinado a ser rey de la gastronomía berciana, el sabroso y nunca bien ponderado botillo, cuyas delicias trasportaría ella más tarde a otras latitudes.

Se encontraba agusto en esta villa, émula de Bérigidum o Burdigala y emparentada con ella mediante el sobrenombre de la familia Flavia. Ahora la llamaban Benevivere o Bienvivir. Aquí se vivía bien, ciertamente, como sugería el nombre del lugar. La recién llegada se sentía satisfecha con esta constatación y se conformaba con este nivel de conocimientos. Era ajena o otras teorías sobre el significado y origen del topónimo que luego algunos estudiosos creyeron prerromano, más concretamente celta, con el significado de “agua” o “peña”. Por supuesto que es frecuente que la toponimia se inspire en el agua y, de hecho, hay multitud de hidrónimos. En nuestro caso, el

romano Interamniun (“entre rios”), primero, y posteriormente, el sinónimo “Bene bibere”, que se usó también, serían una posible traducción. También la toponimia se inspira a menudo en la orografía para designar lugares. Según esta interpretación, un nombre que significara “peña” estaría en consonancia con el asentamiento de la señoría Villa Vieja. Y, si “Martín” viviera en nuestro tiempo y fuera amante de filologías, podía tener acceso a otra opinión más de los estudiosos que deriva el nombre de Bembibre del latín “melimelum”, manzana dulce. Ello explicaría que a veces se hubiera llamara “Membibre” también.

Por supuesto, la joven no estaba para tales disquisiciones ni siquiera podía adivina que se encontraba en lo que, más tarde, sería sede del famoso Señorío